

A-C.110/9



A-Caj 150/a





EL CORRO  
DE LAS NIÑAS

POR EL DOCTOR

D. ANGEL PULIDO FERNÁNDEZ

DE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA

Discurso leído en la Sociedad Española de Higiene  
en la sesión inaugural del curso de 1893-94.



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ENRIQUE TEODORO

Amparo, 102, y Ronda de Valencia, 8.

TELÉFONO 552

1893

Caj. 847/9

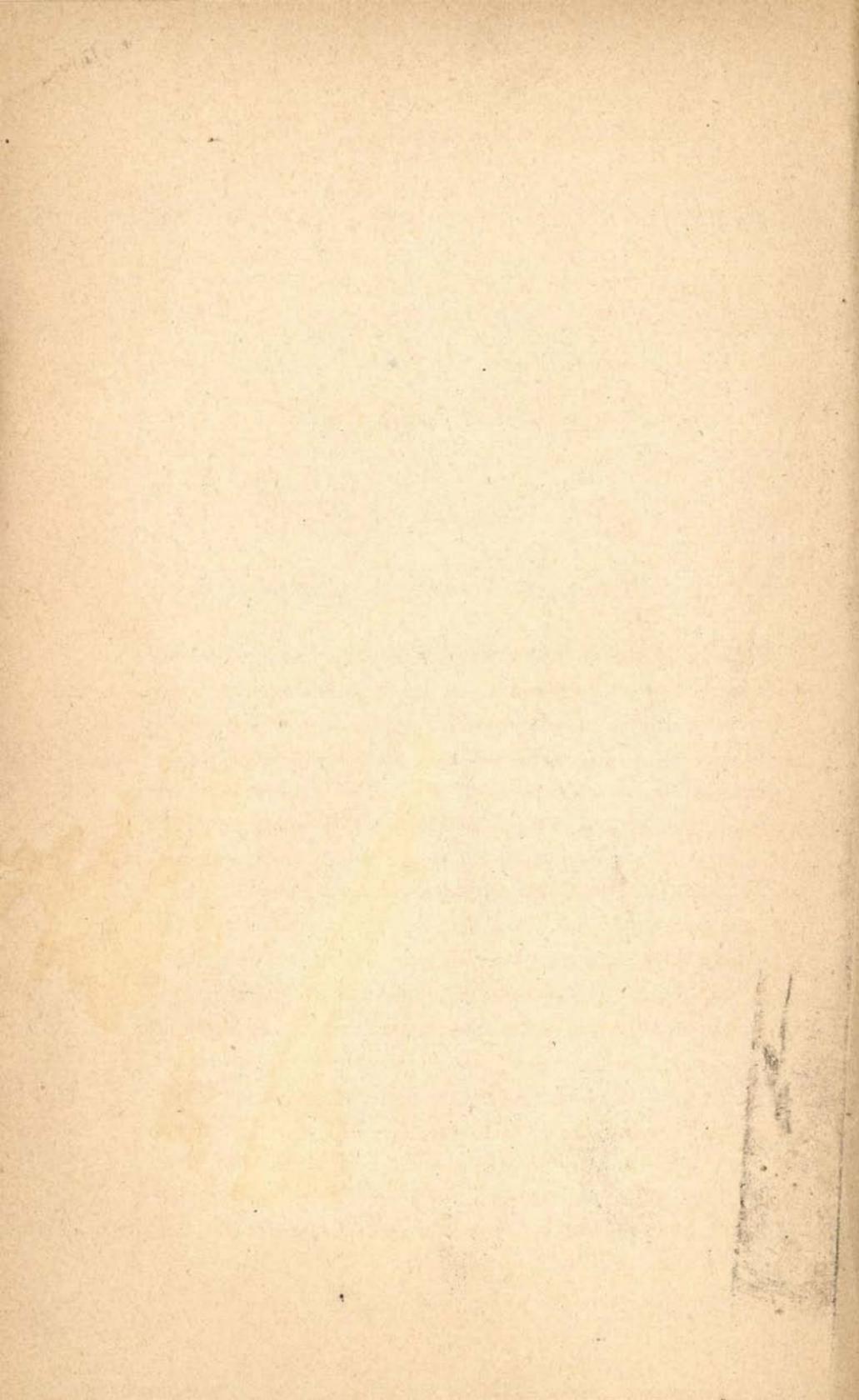
AL SEÑOR

DON ROBUSTIANO MONTALBÁN

PROFESOR DEL CONSERVATORIO

*Mi querido amigo: Explicada está en las páginas del discurso la razón de esta dedicatoria. Ya que usted ha sido el inspirador del tema, justo es que el nombre suyo honre el texto apareciendo á su frente.*  
*Su amigo afectísimo,*

*A. Pulido.*



---

## EL CORRO DE LAS NINAS

---

Debemos lamentar todos, y con sinceridad yo el primero, que el Dr. Aycart, designado en su día para escribir este discurso, no haya podido cumplir la obra que le fué encomendada: por sus variados talentos, su ilustración profunda y el nervio de su estilo, hubiera producido seguramente un trabajo digno de vosotros, y de ponerse al lado de aquéllos por tantos conceptos notables que, en inaugurales anteriores, leyeron los Sres. Tolosa Latour y Baglietto. Causas invencibles han impedido sin duda que esto suceda, y á última hora dirigióseme nuestro querido presidente en demanda de que yo ocurriera á la falta, siendo de creer que á fijarse en mí le indujo la consideración de que si no lograba hacerlo bien, cuando menos había de realizarlo pronto y seguro, y de esta suerte habría de permitir que la Sociedad reanudara desde luego sus tareas. Acepté el compromiso, porque no puedo ni debo negar nada á un amigo del alma como el Sr. Martínez Pacheco; pero conste mi declaración de que hubiera procedido con más acierto dirigiéndose á otro

consocio, entre varias conocidas razones que mi inmodestia calla, porque han pasado muy pocos años desde que hube de fatigaros con otra lectura, y ello dificulta la empresa actual, ya que, con muy buen acuerdo, tanto gustan la variedad y el cambio en el cumplimiento de esta clase de cometidos.

Acepté, repito, pero hube de advertir al digno presidente, que esta vez sería modesto el tema de mi discurso, porque deseaba que fuera en un todo contrapuesto al de profunda doctrina y alta organización sanitaria que había procurado desarrollar la vez anterior; y entonces, escogiendo entre algunas tesis que acariciaba mi pensamiento para acudir á compromisos eventuales de conferencias en el actual curso académico, hube de preferir la que me sugirió un afortunado encuentro que deseo exponer:

Había yo visitado en este verano el inmediato pueblo de Cercedilla, y en la casa donde me alojé tenía temporal residencia un ilustrado profesor del Conservatorio, D. Robustiano Montalbán, á quien entonces conocí y por sus excelentes prendas estimé. Temperamento de artista, afamado en la ejecución y maestro pundonoroso, había ido allí á respirar el aire tónico de la sierra embosquecida de pinos, á estudiar con ardor en el piano ejecutando obras difíciles, y á enriquecer sus producciones originales escribiendo Música docente: aislado de tratos, haciendo de sus habitaciones una celda y de su trabajo un rezo fervoroso, paseando sólo la mirada por las pedregosas faldas de Siete Picos y de otros montes contiguos, halléle entregado, con obsesiones de cartujo, á la religión de los grandes maestros, y á título de solaz pasatiempo, á coleccionar esos cantares que las niñas entonan cuando juegan al corro para que, unidos á otros ejercicios, formaran un curso infantil de piano que sirviera de preparación á su conocido método de enseñanza.

Diré con ingenuidad, que mi absoluta ignorancia del arte

musical forma pareja con mi amor á sus producciones: cuando oigo música, no entiendo nada de su técnica, pero recojo mi atención y gozo con verdadera codicia, permitiéndome la frase, de los sentimientos que despierta; y siendo así, preciso fué á Montalbán tenerme á su lado de oyente pegajoso y entretenido.

Me resultaba verdaderamente deliciosa aquella doble labor: cuando tocaba las sonatas de Beethoven, ó de Schopenhoff, el *scherzo* de Chopin, ó la pieza de estudio de Rubinstein, con las cuales trabajara, absorbían mi espíritu la majestad del genio, la inspiración sublime, la dificultad del mecanismo acometida con bravura y resuelta felizmente, el tema musical grandioso embargando el alma con la fuerza del sentimiento; y cuando de seguida tocaba los coritos de las niñas, las frases sonoras surgían breves y sencillas, alegres y amorosas; eran como chispazos de luz y sonrisas de la infancia, caricias ténues de una brisa retozona y pura que refrescaba el ánimo, abrumado de grandezas, con el soplo de emociones tiernas y delicadas; aquel contraste era muy lindo, y me producía la impresión que despiertan esos grandiosos templos de la arquitectura greco-romana ó gótica, debidos al genio de un Bramante, cuando por sus sillares de ostentosos guarnecidos, ó por sus pesadas moles, adustas con la austeridad de los años y de los sucesos, trepan, ágiles y graciosos, los jazmines y campanillas, madre selvas y passionarias, formando delicadas colgaduras que nos seducen por la riqueza de su color y su juvenil fragancia.

Dudaba mi amigo del interés de su obrita y del éxito que lograría alcanzar, y declaréle que la juzgaba digna de estimación. — Nada hay en absoluto grande ni pequeño en la vida — decíale —, nada que pueda tenerse siempre por transcendental ni frívolo, porque todo obedece á las aplicaciones que de ello se haga, y á los alcances que un espíritu



pensador y sabio consiga deducir. El profundo y erudito naturalista inglés John Lubbock, ha dicho que la importancia que tienen las cosas al parecer pequeñas, ya la señalaron los filósofos antiguos, empezando por Esopo; un viejísimo proverbio griego, cuyo origen se remontaba á tiempos ciclópeos, advertía que la piedra grande sin la pequeña hace un muro defectuoso; y para realzar este juicio sirve otra más antigua historia india, en la cual Ammi habla con su hijo y le dice: — Abre un fruto de ese árbol; ¿qué ves dentro? — Algunos granos pequeños — responde el hijo. — Abre uno de ellos; ¿qué encuentras? — Nada. — Pues ahí, donde nada ves, hijo mío, hay un árbol. Máxima sentenciosa, y muy parecida en su filosofía á la austera réplica que dió Teofrasto, el aristotélico, cuando, entretenido un día en contemplar el juego de unas criaturas, díjole con reticencia un cínico: — ¿Estudias las formas de los niños? — No — respondió — , estudio cómo se forman los ciudadanos.

Y luego de dicho esto, surgió en mi pensamiento el corro, llénole de sus notas alegres y sentidas, y de sus giros cadenciosos y gimnásticos, y recordando lo mucho que hoy preocupa á la Ciencia en general, y á la Pedagogía en particular, la educación en los primeros años de la vida, me dije, con Teofrasto: «Será estudio transcendental observar cómo se forma física y psicológicamente la mujer durante su más tierna edad», y añadí á Montalbán: Esos coros encierran un libro interesante para usted y una conferencia ó un discurso para mí; en ellos encontrará mucho que decir esa Higiene, que no dirige la vista á punto alguno sin que allí le falte materia para dar un consejo ó recibir una enseñanza. He aquí, señores, el origen del tema EL CORRO DE LAS NIÑAS. Espero confiado ahora en que vuestra benevolencia ha de ayudarme en su desarrollo.

Sería curioso averiguar el origen del corro, y aun cuando declaremos paladinamente nuestra ignorancia en este particular, la radical griega de su nombre (*χορος*) y el hecho de que hubiese en Atenas grupos de niños artistas que ejecutaban danzas graciosas y ligeras, ordinariamente de marcha circular, en torno de los altares, cantando al mismo tiempo melodías suavemente sonoras, como lo verifican nuestras niñas, salvo variaciones de lugar y de aplicación, supone coincidencias que se bastarían para asignarle tan ilustre y lejano abolengo. La verdad es que interesa poco este punto de erudición, y dejándolo por eso sin resolver, hemos de adelantar ya doctrina de verdadera importancia.

Consignemos por lo pronto, que parado un médico, un higienista, un pedagogo, un gimnasta, cualquiera observador concienzudo, en fin, ante un corro, y examinando con sentido crítico lo que allí sucede, llamarán su atención los siguientes notables hechos que se dan en este juego. Un grupo de niñas, de edad entre seis y doce años próximamente, reunidas en lugar de una plaza, parque ó paseo, es decir, siempre al aire libre, con la espontánea alegría de quien busca el juego que le distrae, se cogen dulcemente de la mano, se colocan á distancia apropiada, y realizan una danza circular, un verdadero paseo gimnástico, de ritmos variados y movimientos musculares distintos, según las cadencias y los temas del canto, pero siempre con cierta parsimonia y suavidad que impiden la fatiga; y acompañan todo esto, dándolo singular carácter, de cantos corales, cuya letra será de un gusto literario más ó menos agradable, pero cuyo tema musical le forman casi siempre sentidas melodías.

Me permitiréis, señores, que empiece señalando como líneas fundamentales de mi discurso estas sencillas é indiscutibles observaciones, cuya importancia apreciaréis muy pronto, si no es que ya la habéis reconocido con sólo anun-

ciarlas; y son, á saber: que las niñas, por atracción espontánea de un regocijado deseo, juegan alegres en el corro; que juegan siempre al aire libre; que este juego al aire libre entraña el ejercicio respiratorio y psicológico que llamamos canto; y, por último, que dicho recreo al aire libre, y acompañado de melodías, implica también otro ejercicio muscular complejo, sostenido y armónico, que forma una danza circular. Y dicho esto, afirmo cómo de tal suerte queda planteado tema por demás vasto, que muy de prisa hemos de caminar por él si, en el breve espacio de tiempo que á estas oraciones académicas conviene dar, queremos exponer las influencias que en la educación y desarrollo de la niñez tienen los elementos complejos que intervienen en el corro.

Empecemos por el canto, el cual nos hace entrar resueltamente en el hermoso tema de la educación musical.

\*  
\* \*

Las criaturas son como los pájaros, deben cantar, importa poco que lo hagan bien ó mal, para fines esencialmente higiénicos: esto tendrá un interés artístico grande; pero, bajo el aspecto fisiológico, conviene que los niños canten con esa sencillez y espontaneidad que se observa en los corros, de donde huyen el enojo y la aridez de toda arte aprendida en su estructura técnica, y en cambio abundan las ventajas que el canto tiene para el desarrollo del aparato respiratorio y la formación del espíritu. ¡Causa pena el discurrir lo mucho que en esto hemos retrocedido, y cuánto más adelantadas que la nuestra han estado otras civilizaciones! Toda la pedantería científica de la actualidad, que es muy grande; todas nuestras cavilaciones y ensayos para escoger métodos y procedimientos con los cuales formar las

jóvenes generaciones; los discursos debidos á tantas celebridades pedagógicas y pensadores eminentes — pues en este negocio de la educación infantil, el mundo entero ha querido poner su mano —, no han logrado que lleguemos á donde, según la historia nos dice, llegaron pueblos ya desaparecidos.

Siempre que se trata de Historiar algún notable adelanto de la vida moral, intelectual ó física del hombre, hay que convertir la atención á esa raza, donde por vez primera, según Duruy, tuvo la Humanidad conciencia de sí misma, entró en plena posesión de las facultades que le concediera la Naturaleza, y encendió antorcha cuyos resplandores aun hoy día iluminan la civilización de los grandes imperios.

Por esto, cuando procuremos estudiar cómo se forman los hombres, no sólo en cuanto ciudadanos, sino muy principalmente en cuanto seres bellos, sanos y felices, hay que estudiar las prácticas de Grecia, y muy principalmente las de esa ciudad del Ática, á quien llamaba Píndaro, con ser adversario suyo y anterior á sus principales grandezas, «ciudad del génio, esplendorosa, inmortal, coronada de violetas como las Gracias y las Musas», y á quien no pudieron aborrecer sus dos más poderosos enemigos, Filipo y Alejandro, ni pudo realmente dominar, sino antes por sus talentos y sus encantos ser de ella dominado, el pueblo más conquistador de la Historia, Roma.

Grecia, y muy especialmente Atenas, concedieron grande importancia en la educación á la Música y al Canto; raza enamorada de la belleza y de la armonía, dió al arte de hablar, de conmover y de instruir, un desarrollo no igualado después por ninguna otra.

El dialecto jónico del pueblo ateniense, y el mismo dórico que usaban los lacedemonios, más educados para los sufrimientos de la guerra que para los goces de la paz, habían



sido formados con tan maravillosa riqueza de sonidos, que el estudio de las cadencias, de las figuras y de los giros, adquiría entre los griegos gran desarrollo, y se aplicaba á todos los géneros, incluso la lectura, las entonaciones diversas de las sílabas y la Gramática.

Platón recomendaba á las nodrizas el canto, y Aristóteles decía que la Música no es sólo arte recreativa, sino que da rectitud á nuestros juicios, nos guía á las acciones honestas y endereza nuestras costumbres por el camino del agrado; por eso quería que los niños se ejercitaran en el canto, y discutía los instrumentos y modos musicales conocidos, como lo hacía su maestro, admitiendo sólo cuantos forman un carácter moral, y rechazando los que exigen mucha destreza, ó excitan sentimientos voluptuosos.

Luciano ha puesto en boca de Solón el siguiente dicho: «Nosotros inflamamos primero el alma de los niños con la Música y la Aritmética, y después les enseñamos á leer y á escribir.»

Este sentido musical era tan corriente entre los diversos Estados de la Héléade, que aun los más desviados de la educación ática le rindieron culto. Recordaremos, por ejemplo, que los cretenses, pueblo esencialmente guerrero, dórico puro, sometían los niños de condición libre á estudiar las leyes con una especie de melodía, para que con el canto de la Música las retuviesen mejor en la memoria; después estudiaban himnos en honor de los dioses, y en tercer lugar estrofas en elogio de los hombres ilustres. Estos mismos cretenses eran los que iban al encuentro del enemigo con un paso cadencioso, que regularizaba el sonido de la flauta; y se sabe que en Minos, su capital, inflamaban el espíritu guerrero de los ciudadanos cantando en los banquetes públicos un poemita muy antiguo, atribuído á Hybrias, cuya letra se ha conservado, y dice así:

« Mi opulencia consiste en mi jabalina y mi espada y mi hermoso escudo, defensa de mi cuerpo. Con ellos trabajo, con ellos duermo, con ellos piso el dulce fruto de la viña, y con ellos domino la turba de esclavos. Y todos los que no osan llevar ni la jabalina, ni la espada, ni el hermoso escudo defensa de mi cuerpo, caen á mis plantas, me veneran como á su señor y me llaman gran rey.»

Y aun de la misma Esparta, representación la más caracterizada de esa raza dórica sobria, ruda, enemiga de todo culto estético, se cuenta que cuando, en la guerra de Mesenia, tuvo Aristómenes el arrojo de penetrar en el templo de Minerva, en Lacedemonia, y colgar allí su escudo, los espartanos, llenos de terror, consultaron al oráculo de Delfos, y como el dios les respondiera que pidieran un jefe á los atenienses, éstos les enviaron á Tirteo, un poeta, para que con sus cánticos reanimase el valor de los soldados: sus entonadas estrofas, unidas á la disciplina y á la táctica, sirvieron primero para triunfar en la lucha, y para sojuzgar los guerreros á la obediencia y á la concordia después cuando, retirados los mesenios al monte Ytome, quedó la feraz región talada y convertida en un desierto.

Pero donde la Música y el Canto lograron grande importancia fué entre los jónicos, quienes se entregaron por igual á las artes de la guerra, que fortalecen el cuerpo y el espíritu, como á las de la paz, que los embellecen.

Apenas lo consentía la edad del niño, á los siete años, se le ponía la lira en la mano, y se hacía de la Música un compañero inseparable, que había de servirle, lo mismo para sus actos serios como para sus placeres, en la escuela, en el gimnasio, en el templo, en el teatro, en los festines públicos, en los grandes acontecimientos de la vida del Estado, formando, según dice Rossignol, una especie de alma universal que animaba la sociedad entera y la hacía resonar, como

el aire repartido por los tubos hace sonar los registros armónicos de un órgano.

De aquí la importancia que tenía en la educación del ciudadano ateniese el tocar la lira, lo cual se estimaba ser un talento de la más alta distinción. Dice Cicerón que Epaminondas, á quien juzgaba el primer hombre de Grecia, tocaba la cítara de manera notable, y Plutarco refiere, que menospreciado en un banquete Temístocles, el vencedor de Maratón y Salamina, por no saber tocar, tuvo que disculparse respondiendo que si era verdad ignoraba tan sublime arte, había sabido, en cambio, hacer de una ciudad que hallara pequeña y sin gloria, una ciudad grande y gloriosa.

En la educación del niño, el primero de los maestros era el citarista; después seguía el crítico, que le enseñaba la Gramática; el gimnasta, que le enseñaba á nadar, correr, saltar, arrojar el disco y la flecha; el peiditribo, á luchar, coger un adversario y derribarlo, golpear con fuerza y parar rápido; el escudero, á domar un caballo, aun sin ayuda del freno; el táctico, á manejar las armas y practicar las evoluciones militares..., y así hasta la edad de diez y ocho años en que se hacía el juramento de los efebos.

Se concibe que pueblo de este linaje utilizara la educación musical hasta un grado sorprendente. Platón, sentando el principio de que toda la vida del hombre requiere medida y armonía, pone en boca de Protágoras que los versos líricos de los buenos poetas deben cantarlos los niños, formándoles en el sentimiento del ritmo y de la armonía para que su genio se dulcifique, ponga en su conducta más medida y compás, y resulten así ciudadanos útiles por la palabra y por la acción.

Se proscrubía entre los jónicos el uso de la flauta, porque (según Platón) afeaba el rostro é impedía el canto, y (según Aristóteles) porque no ejercía ninguna influencia moral, nin-

guna impresión tranquila, y servía sólo de órgano á la foga-sidad de las pasiones; juicio éste debido á que la flauta an-tigua tenía sonidos ruidosos y era el instrumento consagrado del teatro y de otros ya torpes usos (1).

Con esta selección de los instrumentos de cuerda, figura-ban el estudio y consejo que se hacía sobre los diferentes modos musicales entonces conocidos, que eran el dórico, el jónico, el frigio y el lidio. Aristóteles y Proclus dicen que el dórico es el único estilo que puede producir la calma perfecta; que el frigio arrebató de entusiasmo y supone el delirio de la pasión profana. Á este efecto, cuenta Galeno, que habien-do encontrado Damón el músico á un tañedor de flauta que tocaba al modo frigio á jóvenes ebrios que se entregaban á locuras, le indujo á que lo hiciera en estilo dórico, y pronto los jóvenes dieron fin á su loco arrebató (2).

\* \* \*

Hemos presentado á grandes rasgos la educación musical de la Grecia, porque habiendo sido maestra á quien nadie ha superado en la formación de cuerpos bellos, sanos y buenos,

(1) Por eso dice Platón en sus *Diálogos* que Alcibiades, espejo de la distinción ateniense, aprendió las letras, la cítara y los ejercicios de la palestra, pero no la flauta, y Plutarco da por razón de esto, que si Alcibiades rehusó aprender la flauta, fué porque era instrumento impropio de persona bien nacida, la cual escoge siempre el plectro y la lira, que no alteran la belleza y distinción convenientes al hombre libre, y además permiten el canto.

(2) Los coros infantiles, como es sabido, tuvieron en Grecia un desarrollo extraordinario, hasta el grado de que había un funciona-rio público á quien se le imponía, por elección de la tribu, el tributo oneroso de mantener el coro y de dirigirle. Los niños formaban los coros cíclicos ó ditirámicos, que acudían á las fiestas y santuarios, y los coregas ó directores procuraban con afán que sus coros res-pectivos superasen á los de las otras tribus, que acudían también á realzar las populares y celebradas fiestas de la Confederación helena.



finés que persigue la Higiene, conviene tener muy presente á qué altura llegó en este punto la Humanidad algunos siglos antes de que naciera el Divino Mártir del Gólgota.

Cuando se discurre acerca del particular, y el pensamiento sintetiza los rasgos característicos de tan sublime pueblo, todo espíritu se siente conmovido y subyugado por inefable adoración. Parécenos contemplarle, cual magnífica apoteosis, desarrollándose en aquella privilegiada comarca donde tienden á juntarse los tres continentes, Asia, África y Europa— sucesivo teatro de muy variadas civilizaciones —, teniendo por suelo montañas y valles, mares y golfos, penínsulas y archipiélagos, es decir, un sorprendente consorcio de la Tierra y del agua, como rivalizando en el propósito de formar una de las más preciosas sinfonías de la creación. Allí, al influjo de las estrofas inmortales de Homero, que canta el estruendo de las batallas y hazañas de sus héroes legendarios; de Hesiodo, que canta el nacimiento de los dioses olímpicos; de Píndaro, que canta sus fiestas nacionales; de Esquilo, que canta los hechos inmortales de sus grandes patricios, y de Teócrito y Anacreonte, que cantan sus campos y labores agrícolas, se desarrolla una raza hermosa, valiente, de ingenio sin igual, que recogiendo la herencia humana de la India, la Persia y el Egipto, transforma el sentimiento estético monstruo que engendrara los obeliscos y las pirámides en las sentidas y armoniosas proporciones de la belleza humana.

Aquella bienhechora noción del ritmo y de la cadencia, que había de inspirarles Música y Canto, y aquel sublime sófico de principio filo la doctrina platónica, cuando pedía que lo bello, lo bueno y lo verdadero se confundieran en el sentimiento de la armonía universal, presidieron á todos los aspectos de su civilización. Por esto, si en materia arquitectónica nos presenta sus hermosos templos, de proporcionada

das líneas, levantados en perspectivas aéreas, sobre basamentos de colinas frondosas y elegantes que tenían por fondo las purpúreas montañas del Himeto, bajo un cielo puro y luminoso; y en materia literaria nos presenta la epopeya y la elegía, la oda y la tragedia, la comedia y la historia, por su genio creadas; y en la oratoria, alzan su figura los más grandes maestros de la elocuencia política y forense; y en la Filosofía da nacimiento á las dos grandes corrientes que han surcado los siglos, determinando el movimiento que ha seguido el humano discurso; y en la Moral, á las tres grandes aspiraciones de la Humanidad, ó sea la de Sócrates, buscando lo que hay de esencial en el hombre; la de Platón, que persigue lo que hay de ideal, y la de Aristóteles, lo que hay de científico; y en las artes, se enamoran de la forma, del color y de cuanto alegra los ojos y sonríe al espíritu, hasta fijar en mármoles y bronces la verdadera flor de la elegancia y de la belleza, así también en el Canto y en la Música, artes de expresión y de sentimiento, supieron trazar las reglas generales de su desarrollo, y convertir su ritmo y armonía en el nervio fundamental de su existencia.

Ellos sentaron el principio de que la Música y el Canto deben formar el alma de los niños, porque decían que las primeras impresiones no se borran jamás, y que una vez depositado en el vaso el perfume lo embalsama para siempre. Con sus coros infantiles y sus danzas circulares, de tal manera difundían el sentimiento de la medida, del orden y de la proporción entre los ciudadanos, que cuando Carneades, filósofo que tenía la voz fuerte, reprendido á causa de su desentono, pidió al gimnasiazca le diera la medida de la voz, pudo éste decir, sintetizando en una sola frase la educación de todo un pueblo: « La medida la tienes en los que te escuchan. »

\*  
\* \*

Ha debido servir esta ojeada histórica, señores, para conocer hasta qué grado procuraban modelar los griegos el alma de los niños con la Música y el Canto, lo cual acredita las bondades del corro infantil, porque representa la única educación de este linaje que recibe la mayoría de las niñas. Por el espíritu esencialmente democrático del corro, abierto con generosidad á toda criatura que solicita su ingreso; por la variedad de sus cantos, cuyo repertorio es muy superior al que á primera vista pudiera creerse, pues escogiendo sólo entre los antiguos, ha podido formar Montalbán colección de algunas docenas, dotados de cadencias muy variadas, y por ello de diferentes efectos sobre el organismo; por la asiduidad con que suelen practicar las niñas este juego, á diario y durante varios años, representa una verdadera educación popular, que insensiblemente comprende á todas las criaturas; lo cual merece tanta mayor estimación, cuanto en España carecemos de cosa semejante. He visto yo en otros pueblos, por ejemplo, en algunos parajes de Inglaterra, que los himnos religiosos representan un elemento de educación musical popularísimo. En una de mis cartas sobre este reino, he dejado expuesta la emoción que me produjo ver el domingo cómo en Liverpool todos los ciudadanos cantan salmos en la vía pública, y qué gusto musical ha creado esta práctica. Repito que en España no tenemos nada parecido; los orfeones, resucitados por el genio de Clavé, limitan mucho el número de individuos á quienes este ejercicio comprende, hacen una selección de personas y convierten el Canto en una exhibición teatral, lo cual es muy distinto de lo que nosotros deseamos. El corro, por el contrario, y señalo una de sus excelencias, acoge á todas las niñas, importa poco cuáles sean las condiciones de su voz y de su oído, y las invita á que, dentro de sus modestas facultades, canten, ejerciten su espíritu, se formen un gusto musical em-

brionario y reciban gratis y contentas el primer bautismo de esa religión artística, cuyos efectos miramos con censurable descuido los médicos y los higienistas, y de los cuales quiero decir algo para fundamentar lo que podríamos llamar la psicofisiología, ó antropología de nuestro tema.

\*  
\* \*

A decir verdad, aplicamos los médicos tan burda y rutinaria práctica á la exploración y tratamiento de los afectos humanos, de suyo tan delicados y espirituales á menudo, que nadie debe extrañar paremos poco la atención en esta clase de agentes; y por otra parte, son tan incalculables y variadas las influencias que rigen nuestra vida é intervienen en su manera de ser, que se explica la desatención de muchas. Además, en esto hay sus épocas y sus modas: jamás, ni aun tratándose de materia tan serena y pura como se supone es la Ciencia, imperan en su estudio aquel desarrollo armónico y cultivo proporcionado que aconsejan poner la atención por igual en todos los puntos de su doctrina. Desgraciadamente, se comprende, dada la condición humana, que habiéndose rendido el espíritu investigador durante siglos á las disquisiciones de una metafísica árida y oscura, de donde prejuicios de escuela sacaron muy pocas luces, al emprenderla hace años el hombre de ciencia, por estos sus actuales derroteros de la investigación positiva, con los experimentos biológicos y los análisis del laboratorio, á los que debe rica cosecha de frutos serios, haya materializado en demasía su doctrina y desatienda cuestiones que se ilustran poco con la lente, el reactivo y la balanza. Sin embargo, señores, ¡cuántas veces la práctica nos dice que llevemos la mirada por este lado si deseamos encontrar la causa de los padecimientos!

Muere la célula orgánica — y al decir célula orgánica ha de entenderse el ser entero — por el agente físico que con fuerza brutal desgarrá su estructura; muere por el tósigo que, alterando los líquidos que han de nutrirla, la incapacita para funcionar con sus obligados estímulos y reacciones; y muere también por la emoción que trastorna esa fuerza misteriosa que representa su inervación; por eso matan de igual modo: la estocada que atraviesa de parte á parte el cuerpo; la infección que envenena la totalidad del organismo, y la noticia funesta que hace saltar, como si fuera un muelle violentado, los resortes de nuestros nervios. La Cirugía se ha cuidado siempre de estudiar el primer linaje de causas; la Medicina ha verificado, en modernos tiempos, la más grande de las revoluciones conocidas en su historia, estudiando el de las segundas; pero, ¿y las terceras?: tímidos ensayos, indicaciones ligeras de algunos médicos neurópatas, es lo único que hasta ahora existe. Sin embargo, investigadores ingeniosos han significado ya sus iniciativas, y cuando se recuerda, por ejemplo, cómo el delicado profesor de Turín, Mosso, ha registrado en sus gráficas, con el pletismógrafo y la balanza, las revoluciones que la emoción produce en la onda sanguínea que riega el cerebro, materializando así la actividad del sentimiento y someténdola á las mismas comprobaciones que las de una función glandular, se reconoce que surgen nuevos y hermosos horizontes para el cultivo de este sublime aspecto de la Medicina.

Pues bien; el juego de la emoción honda y variada, producida artísticamente en un ánimo desapasionado y sereno, nada, ni aun siquiera la elocuencia misma, lo engendra en el grado que la Música. Cuando ella, con sus mil dedos mágicos, hiere ó acaricia nuestros sentimientos, el sistema nervioso entero, profundamente conmovido, se somete á la tribulación de extraordinarias actividades que influyen en

las demás funciones, y muy especialmente en el riego circulatorio. Y si no, ¿quién es capaz, en el gran drama musical moderno, de oír el canto de los peregrinos del Tanhauser, sin que sienta su espíritu rendirse de hinojos con los místicos desfallecimientos de la unción y de la plegaria? ¿Quién escucha, en las naves de la Catedral, el *Dies Iræ* de Mozart sin que le acongojen esas hondas angustias del Apocalipsis, llenando su alma de terrores y castigos, de confesiones y de penitencias? ¿Quién, en sala de conciertos, oye el famoso *crescendo* de los violines de la rapsodia húngara de Listz, sin que las crecientes energías de su sistema nervioso acompañen, como fascinadas, la ascensión triunfante y arrebatadora de la orquesta? ¿Quién, en la ópera italiana, los duos apasionados de *La Africana* y *Los Hugonotes*, sin que á su alma temblorosa agiten las dulces y melancólicas emociones de pasada ó de futura felicidad? ¿Quién, en nuestras meridionales provincias, aun dentro de esa familiar y modesta zambra, cuya atmósfera hacen irrespirable el humo de los cigarros y los miasmas de la acumulación, oye, sin conmoverse, los tiernos quejidos de la guitarra cuando exhala uno de los muchos cantos andaluces, cuyo mágico conjuro, como diría el más grande de los oradores, «despierta á la andaluza de su natural soñarrera y la lanza sobre la mesa donde campean las cañas rebosantes de Manzanilla y Jerez, para que baile, echada atrás la cabeza, alzados los brazos al Cielo, extáticos los negros ojos que abrasan, ligeros como el aire los breves pies, uno de esos jaleos, á cuyas cadencias y estremecimientos suspenden de envidia sus parabólicas y eternas danzas las estrellas?» Y, sobre todo, ¿quién no recuerda ese hecho, tan sublime por sus efectos cuanto es vulgarísimo por su repetición y constancia, de lo mucho que evocan las estrofas de un himno nacional, cantadas en extranjera tierra y en momentos supremos, y cuánto enardecen aun á los hombres

más pusilánimes? De los mil destellos de una vida llenan el espíritu: aromas de nuestros campos, dulzores de nuestros frutos, templos de nuestras plegarias, alegrías de nuestra infancia, amores de nuestra juventud, melodías populares de nuestras nativas comarcas, veneración augusta de nuestros rezados manes, grandezas de nuestra historia..., ¡ah, señores, todo surge de pronto, como si fuese un estallido de emociones, y arroba el ánimo inflamándole, y hace coger el arma destructora y afrontar á pecho descubierto la metralla, y morir felices, pronunciando con pasión el nombre sacrosanto de la Patria!

Y deseo advertir, que no ha de mirarse como hojarasca retórica esta síntesis musical del sentimiento patrio, porque, además de que podríamos invocar muchos ejemplos que demostraran su exactitud, casi es contemporáneo uno de los más hermosos que registra la Historia, y de los que mejor prueban cómo, en ocasiones solemnes de los pueblos, un himno nacional puede ser copioso venero de heroísmos y alma de inmortales epopeyas; pues así como Tirteo dotara á los soldados lacedemonios de mágicos cantos con los cuales vencieron á los mesenios, así Rouget de Lisle dotó en 1792 á la Francia de estrofas arrebatadoras que destilaban sangre, y de música inspirada donde se condensaban los lamentos de la esclavitud y los gritos del combate para infundir en los ciudadanos alientos poderosos y desconocidos. ¡*La Marsellesa* lo fué todo! Huracán revolucionario en los labios de aquel pelotón de marseleses llamados por Barbaroux á París, que enardecían ciudades y aldeas cuando atravesaban los departamentos con los uniformes cubiertos de polvo, las ramas verdes en los cañones de los fusiles y los ojos encendidos al fuego del entusiasmo; canto patriótico de guerra, nuevo eco de las Termópilas, como la calificaba Lamartine, en los batallones bisoños y harapientos que,

alistados al grito desesperado de «¡la patria está en peligro!», iban á las fronteras y allí confundían sus estrofas con el estruendo de las descargas y el toque de los clarines, determinando la embriaguez del combate y derrotando á los ejércitos aliados de Europa; himno de libertad y de progreso en aquellos soldados de la República que los Marceau, Lechelle y Westermann conducían, á través de los bosques mortíferos de la Vendée, para batir los desesperados esfuerzos de la reacción; y hasta himno fúnebre, rezo sentidísimo de muerte en labios de aquellos girondinos que, después de haber dado el primer impulso á la Revolución, iban en carretadas á la guillotina entonando á coro las varoniles estrofas creadas contra toda clase de tiranías; viniendo á ser *La Marsellesa*, por virtud de tan variados efectos, no ya el canto de un partido, ni el de un pueblo, sino ese gemido desgarrador con que la Humanidad se sacude, y en una de sus epilépticas convulsiones hiere sus propias carnes, persiguiendo la felicidad que nunca alcanza.

\*  
\* \*

Estas variadas agitaciones del sentimiento, que hoy empiezan á ser registradas en Fisiología como pueda registrarse la contracción de un músculo, las han estudiado y descrito mejor que nosotros esos grandes clínicos de la Psicología que llamamos los filósofos y los artistas: así, por ejemplo, más expresivo y hermoso que cuanto dice Descuret, en su *Medicina de las pasiones*, sobre la Música y la melomanía, es lo que dijo muchos años antes Diderot, el famoso enciclopedista francés, en su *Le Neveu de Rameau*, describiendo una crisis de tan bizarro personaje. En esta obrita, que Goethe estima como una de las más notables de su glo-

rioso autor, se hace un maravilloso estudio de los sonidos y del acento de las pasiones en Música, que merecerá ser invocado siempre en obra médica. Rameau es un hombre enteramente corrompido por la educación y el ejemplo, pero dotado de talentos superiores para la Música, con la cual expresa todos los sentimientos y pensamientos del alma. Cuando la ola pasional le arrebató, Rameau cae en una crisis musical, donde amontona y enreda treinta aires italianos y franceses, trágicos y cómicos, de todas clases. «Ya con una voz de bajo, desciende hasta los infiernos; ya, desgañitándose y remedando el falsete, desgarró los aires imitando la marcha, la actitud y el gesto de los diferentes cantantes, sucesivamente furioso, dulce, imperativo ó burlón. Aquí es una niña que llora y hace toda clase de carantoñas; allá es sacerdote, es rey, es tirano; amenaza, manda, se arrebató, es esclavo, obedece, se calma, se desuella, se queja, se ríe, jamás fuera de tono, de medida, del sentido de las palabras y del carácter del aire. Repetía con una precisión, una verdad y un calor increíbles las frases más bellas de cada trozo; el hermoso recitado donde el poeta pinta la desolación de Jerusalem, lo riega con un torrente de lágrimas: todo está allí, la delicadeza del Canto y la fuerza de la expresión y del dolor. Si dejaba la parte de Canto, era para imitar la de los instrumentos; y ya con los carrillos hinchados y abotagados, y un sonido ronco y oscuro, hacía las trompas y los fagotes; ya tomaba un sonido brillante y gangoso para el oboe, precipitando su voz con una rapidez increíble para los instrumentos de cuerda, de los cuales buscaba los sonidos más parecidos; silbaba en el pito, arrullaba en la flauta travesera, gritando, cantando, revolviéndose como un furioso, haciendo él solo los bailarines y las bailarinas, los cantores, una orquesta entera, todo un teatro lírico, dividiéndose en veinte papeles distintos, corriendo, deteniéndose con el aire de un

energúmeno, chispeando los ojos, espumante la boca, sudando hasta mojar en chorretones sus vestidos; lloraba, reía, suspiraba, miraba, cuándo tierno, cuándo enfurecido; ya era una mujer que se pasma de dolor, ya un desgraciado que se entrega á la desesperación; un templo que se eleva; pájaros que se callan ante un sol poniente; aguas, ó que murmuran en un lugar solitario y fresco, ó que descienden en torrentes de lo alto de las montañas; una tempestad; la queja de los que van á perecer, mezclada al silbido de los vientos, al tableteo del trueno; la noche con sus tinieblas, la sombra y el silencio, y así lo era todo, hasta que caía aniquilado de fatiga y de estupor.»

\*  
\* \*

Se comprende que la Música nos pueda afectar en grado intenso y variado, porque son muchos los elementos que en ella intervienen. Dice el Dr. Rouxel que nos conmueve por su timbre, por su ritmo, por su tono ó grado de elevación en la escala general, por la sucesión de los sonidos, movimientos ascendentes y descendentes, por la tonalidad y la modalidad de sus combinaciones..., etc., etc., factores todos que determinan cambios de estado en la moral del individuo, los cuales reaccionan sobre lo físico, ni más ni menos que sucede con la impresión variada de los colores.

Y si estas sugerencias en lo moral se han podido determinar siempre, hoy se verifican en grado mucho mayor, debido á los maravillosos progresos que ha realizado el arte hasta llegar al drama musical moderno.

El gran poema sinfónico, el drama musical moderno llevado por Wagner al desarrollo que todos conocen, robustece los efectos psicológicos de este arte, no ya sólo por la gran-

deza genial de la doctrina y la amplitud de la estructura musical, sino también por el progreso conseguido en los instrumentos, los cuales han creado nuevas sonoridades, origen á su vez de nuevas emociones y de nuevos estímulos orgánicos. Los Stradivarios y Guarnerios, perfeccionando los instrumentos de cuerda, las llaves aplicadas al flautín y á la flauta, la invención del saxafón, las trompas, el trombón, etcétera, etc., así como el aprovechamiento, para los efectos orquestales y dramáticos, de sonidos antes desatendidos, por ejemplo, el de las grandes campanas en Parsifal, el del martillo golpeando el yunque en la tetralogía de Wagner..., vienen á representar, dentro de la poderosa influencia que estudiamos, lo que el descubrimiento de nuevos preparados químicos y de nuevas fórmulas de combinación representan en la Terapéutica, ó el de nuevas sustancias alimenticias y nuevos platos culinarios en la nutrición.

¿Cómo se verifican estas influencias? No lo conocemos: la física del sonido ha realizado progresos admirables; tantos son, que sabemos el número de vibraciones que forman cada sonido y cuáles son las leyes de la escala musical y de la gama; Lissajous ha escrito en aparatos registradores, y hecho apreciable á los sordos, la altura comparada de los sonidos; Koenig ha podido analizar con aparatos los elementos constitutivos del timbre; Wheatstone y Helmholtz han ilustrado el punto curiosísimo de las interferencias sonoras; Tyndale, Maurat y otros muchos físicos han enriquecido, con descubrimientos portentosos, el campo de la Ciencia, pero la acción orgánica la desconocemos.

Sin embargo, como la ignorancia nos da derecho á toda hipótesis, he de permitirme decir algo en este sentido; así como así, tengo por seguro que no ha de faltarme vuestro perdón para mi atrevimiento.

Se observa en Música un fenómeno llamado de resonancia

simpática, que es muy interesante y agradable: si las cuerdas de dos violones se templan al unísono, y se hace vibrar con el arco una de ellas, la cuerda del otro violón, aunque esté apartada, vibra también; igual sucede con todos los instrumentos; y aun los mismos diapasones, con ser de los que vibran simpáticamente con más dificultad, cuando se tienen dos de tonalidad absolutamente igual, basta poner en vibración el uno para que el otro responda aunque se halle en el extremo opuesto de la habitación. Pues bien; digo yo que este fenómeno de acústica expresa físicamente lo que, dentro del orden moral, acontece con nuestras sensaciones. No se violenta mucho la realidad con imágenes, habida cuenta de las leyes fundamentales de la conservación de la energía, si decimos que nuestra alma es un instrumento músico que vibra con toda clase de emociones, como un piano con toda clase de armonías; y que en nuestro cerebro hay células nerviosas, topografías de sensibilidad, educadas sólo para estas sensaciones, cuya tensión dinámica y tonalidad psíquica corresponden á otras que vibran en el exterior, por lo cual reproducen sus mismas agitaciones. Así, por ejemplo, colocad muchas personas frente á un suceso dramático ó cómico cualquiera, ante una expresión violenta de dolor ó de ira, y veréis cuántas de ellas presentan al punto su vibración simpática. Después de todo, reparad bien en que los grandes efectos del arte no procuran otra cosa sino llegar á producir vibraciones originales que, por la naturalidad de su expresión, encuentren de seguida eco en la mayoría de los espectadores. En la representación de un drama, el autor ha torturado sus talentos para crear algunas de esas tonalidades simpáticas primitivas; las lleva á la escena, y allí, con los recursos teatrales, pone en vibración muchas cuerdas; enfrente de él, al otro lado de una batería de luces, hay público numeroso, cada uno de cuyos indivi-

duos tiene en su alma innumerable caudal de bien templadas cuerdas, preparadas por el estudio y la experiencia, las cuales, de ordinario, permanecen en silencio. ¿Es afortunado el autor? ¿Ha sabido poner en sentida vibración emociones verdaderas? Pues aquellos sonidos de la pasión, aquellas ondas emocionales de un alma que vibra en el escenario, encuentran al punto, en la masa de espectadores, muchas cuerdas de su tonalidad que vibran también, y la emoción dramática se produce, corre como un chispazo eléctrico por el público, el cual siente, se agita, cada espectador pasa á ser una caja de resonancia, y, obligado á manifestarse con irresistible impulso, las manos se juntan y estalla una tempestad de aplausos. ¿Qué ha sido aquello? Un fenómeno muy sencillo: el experimento de las resonancias simpáticas de Helmholtz, repitiéndose con las vibraciones del alma en una sala de espectáculos, de igual manera que se verifica con las cuerdas de dos violines, ó con el metal de dos diapasones en un gabinete de Física.

Y estas cuerdas sensibles aumentan en nosotros con los años: como tienden nuestros afanes, no siempre con la deseada eficacia, á capitalizar intereses en la vida, tienden nuestra experiencia y educación á capitalizar y afinar emociones en el espíritu.

— Me permitiréis, señores, que al llegar á este punto os diga que no me atrevo á seguir porque se iergue ante mis juicios una verdadera religión, á la cual todos rendimos culto sentidísimo, la religión de los recuerdos, que influye poderosamente en nuestra existencia, y nos lleva, como de la mano, á la felicidad ó á la desdicha, al placer ó al dolor, á la salud ó á la enfermedad.

Lo que el Canto y la Música pueden cambiar nuestro ser, bien lo sabemos todos. Referiré con este motivo tres hechos que espero oiréis con agrado:

De esa ilustre y genial figura de Letamendi, á quien por sus conocimientos, tan extensos cuanto profundos, puede en justicia titularse sabio, es muy conocido el hecho de cómo, hallándose desde hace años muy doloridos su cuerpo y espíritu por molesto y rebelde mal, hubo de convertir en calmante eficaz de sus dolores y en tónico maravilloso de sus desalientos, la tarea de estudiar composición y escribir Música. Con tal motivo produjo primero su *Dies Irae*, y alentado por el éxito de este ensayo, y además inducido por el consejo de los RR. PP. Agustinos del Monasterio del Escorial, acometió la empresa de escribir una *misa de Requiem*, la cual fué cantada á toda orquesta el año 1888 en dicho templo con ocasión de las honras fúnebres de Felipe II. El prólogo que aparece al frente de esta obra impresa, celebrada por los inteligentes, es una declaración interesante del prodigioso poder terapéutico que para el sufrido doctor tuvo su musical empeño.

Otro caso distinto:

Mi inolvidable maestro en Cirugía, el infatigable doctor Velasco, tuvo un amor de sus amores, cuya pérdida influyó poderosamente en los destinos de su existencia: fué el de su hija. Las riquezas y los prestigios por una vida acumulados, todo deseaba convertirlo en una corona de rosas con que adornar las sienes de su Conchita; pero ¡se le murió á los quince años!, y con ser Velasco hombre de muy pobre sentimiento estético, pues ni la Pintura, ni la Poesía, ni la Música, tomaban asiento en sus gustos, quiso, en edad avanzada, aprender á tocar el piano, tan sólo para repetir aquellas piezas que oyera á su hija. Por esto, muchas mañanas, antes de que clarease el alba, rompía el silencio de la calle de Atocha con tocatas que despertaban en su alma dolorida emociones tan intensas que llenaban de lágrimas sus ojos. Resultaban los trozos muy torpemente ejecutados, como por



manos inexpertas y duras; pero ¡qué elegía tan amarga había en aquél diálogo que sostenía un padre con el recuerdo de su hija por medio del teclado!

Pues allá va el tercero y último caso.

El eminente Castelar, que pasará á la historia entre los genios más artísticos que ha producido la edad moderna, me ha referido muchas veces cómo hubo de sufrir muy intensa emoción estando el miércoles de Semana Santa del año 1868 en San Pedro el Vaticano, desconocido entre gran masa de fieles, absorto cual uno de tantos en la oración, y con ella en las nostalgias sentidísimas de su patria, siempre adorada. Caía ya la tarde y la oscuridad reinaba en el grandioso templo; por las ventanas abiertas en lo alto de las bóvedas penetraba la luz indecisa del crepúsculo; la última vela del tenebrario había sido retirada tras del altar, y embargado estaba el espíritu del infeliz expatriado con tantas grandezas como por doquiera recogían su meditación y sus sentidos. El drama sublime del Calvario, donde agonizara en la cruz el Hombre que había transformado los polos morales del Mundo con el sermón de la montaña; la grandiosa Basílica, cuya cúpula dibujara el genio de Miguel Ángel, cuyos ciclópeos pilares habían estremecido las plegarias de tantas generaciones de creyentes, y cuyos numerosos altares, cubiertos á la sazón con negros velos, ocultaban las obras de muchos inmortales artistas del Renacimiento, unido á las inspiradísimas y elegiacas notas que surgían del coro de atipladas voces, por cantores no femeninos formado, que entonaban con grande solemnidad el *Miserere* de Palestrina, dejando oír sus rumores de tempestad lejana y sus plañidos de angelicales lamentaciones, eran poderosos temas que le tenían conmovido; y entonces, bajo tal preparación de ánimo, hubo de sucederle, que en el momento en que, respondiendo á las

estrofas de los cantores, entró el coro de sacerdotes en los serenos y majestuosos rezos del canto llano, al oír resonar las mismas austeras voces que había oído en Elda, durante su infancia, cuando su madre le conducía á la iglesia, cayó de pronto sobre su alma tal pesadumbre de recuerdos infantiles, y sintió tan mortal congoja, que poniéndole en trance de perder el sentido, le llevó después á una crisis de llanto, único medio que tuvo de serenar su alma atribulada por tan inefables sentimientos.

Ved, señores, por esta sencilla relación de tres hechos, hasta qué punto ha podido la Música servir, en tres celebridades, cuándo de calmante para el dolor físico que tortura la carne, cuándo de lenitivo para la honda pasión de ánimo que angustia el espíritu, y cuándo, en fin, de poderoso estímulo para esas inefables emociones que sacuden el alma con la tribulación de los recuerdos y de las nostalgias.

Creo influya algo para dotar á la Música de este poder emocional, el hecho de que sea uno de los estímulos que más recuerdos asociados despiertan y mejor plasman las evocaciones del pensamiento. No nos explicamos hoy esto con claridad anatómica; quizás algún día lo explique bien la Fisiología, cuando haya ilustrado el problema complicadísimo de topografiar las funciones mentales, pero el hecho es cierto: de mí sé decir, por ejemplo, que habiendo oído por vez primera el inspirado nocturno de Wely titulado *Las Campanas del Monasterio* el día 3 de Julio de 1878, hallándome en el Hotel Schreiber, sobre la cumbre del Rigi-Kulm, en Suiza, siempre que oigo esta pieza se me reproducen el fresco y la sensación de altura que allí sentía, y en mi pensamiento aparece aquel afamadísimo panorama de centenares de leguas, donde la vista distingue, de un lado, la elevada cordillera del Jura, los Vosgos y las alturas de la Selva Negra, y del otro, todo el llano de Suiza,

asiento de varios cantones, con más de doce lagos, muchos ríos, selvas y bosques. Y tengo para mí que si esto sucede, es porque las impresiones correlativas se desenvuelven más amplias cuanto más espirituales son los agentes que las determinan, cuanto menos precisos y plásticos. De este modo, por ejemplo, si una copa del rubio vino de Jerez, que es de suyo tan material producto, parece que entraña y transporta á lejanas tierras el sol abrasador de Andalucía, el ambiente de sus huertos y de sus cármenes, saturado con los aromas del azahar y los claveles, y la exuberancia de una vida nerviosa, la Música, que es el lenguaje más espiritual de los conocidos, y que en sus misteriosas vibraciones entraña energías inefables, conmueve y desarrolla en grado máximo esta maravillosa función de los recuerdos asociados.

\*  
\*  
\*

Todas estas reflexiones tienen su aplicación á los efectos del corro. Exponiendo y juzgando observaciones propias, de cuya certeza siempre puede responder cada cual, diré que, aun sin haberme interesado directamente el corro, como quiera no ha sido juego de muchachos, sin embargo, las primeras impresiones musicales me las despertaron los coritos de las niñas. Me crié yo en casa próxima á la plaza de Bilbao, de Madrid, y á ella, durante mi infancia, acudían centenares de criaturas de las calles vecinas. Tenía entonces la plaza otra disposición más apropiada que la de ahora para los juegos de niños, y por las tardes aquello parecía una inmensa canariera, que atronaba los oídos con el gorjeo ruidoso de la infancia sana y alegre. Eran los corros mucho más frecuentes, más numerosos y mejor entonados que lo son hoy día, y las canciones recorrían todo el vasto repertorio de

motivos que á su disposición tienen. Ha transcurrido desde entonces buen golpe de años, y, sin embargo, no se han borrado de mi memoria las encontradas y sentidas emociones que me producían los cantares de las niñas, mientras los chicos jugábamos al marro, al peón, al toro ó al paso...

De esta suerte, hallaba por demás sentidas y melancólicas, música y letra de aquella leyenda del amor contrariado, cuyo romance dice así:

Yo me quería casar  
 Con un mocito barbero,  
 Y mis padres me querían  
 Monjita del Monasterio.  
 Una tarde de verano  
 Me sacaron á paseo,  
 Y al revolver de una esquina  
 Estaba el convento abierto.  
 Salieron todas las monjas,  
 Todas vestidas de negro,  
 Con una vela en la mano  
 Que parecía un entierro.  
 Me agarraron de la mano  
 Y me metieron adentro;  
 Me sientan en una silla  
 Y allí me cortan el pelo.  
 Me quitan rica mantilla  
 Y anillitos de mis dedos;  
 ¡Lo que más sentía yo  
 Era mi mata de pelo!  
 Vinieron mis padres,  
 Con mucho rigor  
 Me echaron el manto  
 De la Concepción.  
 Si subo á la torre,  
 Toco las campanas,  
 Dice la abadesa  
 Que eso es de holgazanas  
 Si gasto zapato  
 De verde limón,  
 Dice la abadesa  
 Que eso ya es amor.  
 Si bajo á la huerta  
 Y riego el perejil,

Dice la abadesa  
 Que eso no es así.  
 ¡Mal hayan mis padres  
 Que no me casaron,  
 Que para monjita  
 Yo no me he criado!

Hallaba de gran ternura, y como expresión feliz de suspiros y duelos por mal de ausencia, aquella otra que pregunta acerca de si se ha visto en la guerra al amado esposo, un gentil hombre aragonés, cuyas señas y veste se detallan, y que lleva en la punta de la lanza un pañuelo que su esposa bordara cuando niña; parecíame gracioso y juguetón el que comenta lo de la carbonerita; marcial y animado, hasta el punto de formar un bonito pasacalle, el canto de Mambrú partiendo para la guerra, este Mambrú traía á mal traer á las niñas; sus leyendas eran muy variadas, casi todas de origen marcadamente escocés, y motivo de diferentes temas musicales. Entre ellas, por lo graciosa y su mucho movimiento, merece citarse la de:

Mambrú se fué á la guerra,  
 ¡Viva el amor!,  
 No sé cuando vendrá,  
 ¡Viva la rosa en su rosal!

Entre inocente y burlona me parecía la confesión de la niña que decía muy arrepentida:

Acúsome, padre,  
 Que me he comido un limón,  
 Con la pipita dulce,  
 Dulce como el acitrón..., etc.

Era á todas luces romance generoso y caballeresco el que declara:

Al pasar la barca  
 Me dijo el barquero:

La niñas bonitas  
 No pagan dinero.  
 La volví á pasar,  
 Me volvió á decir:  
 Esta morenita  
 Me ha gustado á mí.

Se destacaba entre todos, apacible y tranquilo, aquel cantar que dice:

Arroyo claro,  
 Fuente serena,  
 Quién te lava el pañuelo  
 Saber quisiera.

Epigramático y picaresco el que refiere:

Al entrar en el prado  
 Me miró un viejo,  
 Se quitó los anteojos  
 Y me dió un beso.

Despreciativo y fresco, contra los chicos pegajosos y molestos que atropellan el corro, era aquel otro de:

Fuera burros, fuera burros,  
 Que aquí no se vende paja,  
 Que lo que se vende aquí  
 Son unas buenas muchachas.

Muy oído, sin duda porque respondía perfectamente á los puros amores de esa edad, y perfumado de un dulcísimo candor infantil, era aquel otro que decía:

Tengo una muñeca  
 Vestida de azul,  
 Con zapato blanco  
 Forrado de tul,  
 Media calada  
 De estilo andaluz,  
 Cuerpo escotado  
 Con su canesú.

¡Pobre muñeca, que luego se constipa al sacarla de paseo, y padece no sé qué averías que preocupan bastante á la niña!

Revelaban muchas el sentimiento dinástico liberal que despertaran las guerras civiles. Así, por ejemplo, cantaba una:

No llores Isabelita,  
Tu tío no reinará,  
Porque los españolitos  
No le dejarán reinar.

Y decía otra, con música muy retozona y caprichosa:

Á Atocha va una niña,  
Carabí,  
Hija de un capitán,  
Carabí, urí, urí-urá;  
¡Qué hermoso pelo lleva!  
¿Quién se lo peinará?  
Se lo peina su tía  
Con mucha suavidad,  
Con peinecito de oro  
Y horquillas de cristal,  
Para que vaya á Atocha  
Á ver á su majestad.

Y á este tenor, podríamos presentar ejemplos de cantares con muy variados estilos y sentimientos, y diferentes motivos musicales y literarios, lo cual no hacemos porque debemos sostener poco esta relación.

Hoy mismo, cuando la memoria me recuerda estos coritos, saboreo la delicadeza de muchos: aires lindísimos, me lodías sentidas, verdaderas violetas musicales, no sólo por lo pequeñitas que son, sino también por el perfume gratisísimo que exhalan. Y en prueba de ello, recordaré que en el extranjero he oído algunos dados como canciones árabes de mérito y carácter.

Pero — ¡ya lo sé! — habrá muchos que se sonrían de esto y crean que son verdaderas puerilidades — rasgos de la imaginación, dirán. — ¡Vaya con Dios quien así piense!, porque luego de reducir estas influencias á sus modestas proporciones, ya por nuestra cuenta podemos advertir que para pensar algo hondo sobre estas trivialidades aparentes, nada nos ha servido tanto como estudiar las actividades transcendentales de la materia en los que alardean de profundos autores sobre la filosofía de la Naturaleza. Cuando leo las muy sutiles cavilaciones de los grandes tratadistas acerca de las fuerzas del Cosmos y de sus sendas transformaciones, así como esa magnífica doctrina del siglo actual, la conservación de la energía, declaro que pierdo la brújula y no acierto á resolver dónde está lo grande y dónde lo pequeño. El que alguien se mofase de estas influencias formadoras en la infancia, me haría el efecto de la vid, por ejemplo, riéndose de las brisas y calores que á diario le acarician. ¿Qué sabría ella de la influencia que aquellos soplos tibios, al parecer tan insignificantes, tienen para la elaboración de los azúcares, éteres y gomas que se forman en los granos de sus racimos? ¿Qué sabe la flor hasta qué punto esos agentes deslíen en sus células los lindos colores de sus pétalos y los deliciosos aromas de sus jugos? Sabemos muy poco de tales cosas: los principios más fundamentales de la constitución del Cosmos nos dicen que la vida se determina, en último extremo, por una cuestión de cantidad y movimiento, en proporciones armónicas, y maestros compositores hay en el Mundo que nos dirán cómo esto mismo es lo que fundamenta la estructura musical.

Para terminar con esta parte, diremos que hoy día se han emprendido en Inglaterra y los Estados Unidos estudios prácticos y aplicaciones terapéuticas de la Música y del Canto. El Dr. Blakmann, médico alienista de Porstmouth, lo



ha planteado en su Asilo, y en Hartford (Connecticut), Howard Young ha fundado un club para enviar cajas de música á los hospitales, escogiendo los aires en relación con las enfermedades.

\*  
\* \*  
\*

Cambiamos de consideraciones y veamos otro aspecto útil del corro: el ejercicio. Seré muy breve: nos acercamos ya al final, y os suplico un poco más de paciencia.

Dejo á un lado, sin hacer más que mencionarle, punto tan importante como lo es estudiar el ejercicio pulmonar y torácico que entraña el canto de los corros; trabajo espirogímico muy superior al realizable por medio de aparatos, porque se cumple siempre con los registros medios de la voz, y sin llegar á la fatiga, en razón á darse cada criatura aquella cantidad de esfuerzo que es más conveniente á sus recursos, como quiera se halla encomendada al instinto fisiológico, maestro algo más avisado en cálculos de trabajo orgánico que todos los principios técnicos; y paso á otro orden de consideraciones.

Creo que nuestros niños, y en mayor grado las niñas, juegan y se mueven poco. Las niñas formales y paradas causan tristeza; opino en esto como Heriberto-Spencer, quien se lamentó de lo mismo. El exceso de trabajo mental que hoy se impone en los colegios, y la necesidad de una compensación por el trabajo muscular, vienen motivando estudios muy profundos y de justificado empeño entre los Gobiernos que se cuidan de formar sus ciudadanos, en las Academias, los Congresos pedagógicos, médicos, higienistas y cuantos se interesan en esta cuestión, que cada día toma mayores y más originales aspectos. Yo no quiero abordarla ahora; algo he dicho de ella en mi última tesis presentada al Congreso Pe-

dagógico sobre la educación física de la mujer, y aquí me limitaré á señalar su importancia y los puntos de contacto que tiene con la tesis actual. Se procura acudir á las deficiencias del trabajo muscular con la Gimnasia, y en este sentido se ha hecho una revolución muy importante. Marea recordar cuánto se ha escrito y se ha intentado sobre el particular, y merece advertirse cómo en ese rigorismo técnico que señala la característica de nuestra educación pedagógica, no han faltado quienes procuren meter el trabajo de la Gimnasia, en cualquiera de sus muchas variedades, como sustitución de los juegos. Yo, desde hace algún tiempo, vengo creyendo que para el desarrollo ordinario, para la formación normal ó fisiológica de las criaturas, vale más un buen juego que un buen método gimnástico. Precio la Gimnasia en lo mucho que vale; reconozco la necesidad de difundirla y de vulgarizarla; creo que, por la ciencia que entraña, por el exquisito sentido de observación que representa, por la sabia explotación de numerosos recursos que permite, hace criaturas fuertes, ágiles, de sangre excelente; en fin, y para abreviar, creo de ella muy sinceramente y lo aplaudo, cuanto en elogio suyo pueden decir sus apasionados; sin embargo, la pospongo á un buen juego, como pospongo el régimen médico y la indicación terapéutica á la dietética del buen sentido en la nutrición ordinaria de la vida. Cuanto exija la imposición más ó menos adusta del profesor, el orden inalterable de la serie, el aprendizaje monótono de la técnica; cuanto requiera, en fin, esos motivos de sujeción y de violencia que supone una enseñanza metodizada, será siempre desagradable á todo espíritu humano, cuanto más al de un niño, cuyo genio alegre y expansivo demanda la libertad del ave. Hemos creído muy sinceramente, después de sutiles cavilaciones y de prolija experiencia, que detrás del trabajo intelectual serviría de un medio compensador la Gimnasia,



y ha venido la Fisiología experimental á decirnos que es sumar fatiga sobre fatiga, derrota sobre derrota. Mosso, que es uno de los profesores que mejor y con más severa información técnica ha estudiado el problema de la fatiga, así la muscular como la cerebral, lo ha expuesto de una manera terminante en su conocida obra. La fatiga es una intoxicación, un resultado del envenenamiento de la sangre por los residuos orgánicos, productos del trabajo muscular ó nervioso. Hay una incompatibilidad resuelta, dice, entre el trabajo del cerebro y el de los músculos, por la cual no se debe estudiar después de haberse rendido al cansancio muscular, y viceversa, no se debe acometer esfuerzos musculares después de haberse rendido al trabajo de la inteligencia. Comprenderéis que esta tesis no debe tener aquí mayor desarrollo, y por eso me limitaré á consignar que, si no con la demostración de aparatos registradores, al menos con las deducciones de un cálculo sencillo, esta verdad la habíamos presentado muchos y la habíamos expuesto. Prescindiendo de discutir lo que se puede modificar física y químicamente con el exceso de trabajo la circulación local de los órganos principalmente fatigados y la general del organismo, y hasta qué punto conviene, tras un ejercicio mental, la compensación de otro muscular, moderado y recreativo, y viceversa, es lo cierto que en cuanto á la tesis arriba enunciada, la más sencilla observación basta para presumirla: comparemos el estado de un niño cuando realiza una lección de Gimnasia con el que presenta cuando juega, y veremos qué diferencia hay. En el primer caso, hay poco agrado, porque se trata de una lección después de todo; hay que desnudarse y vestir otra ropita, hay que repetir ejercicios poco distraídos y placenteros: las picas, las poleas, las pesas, las paralelas, el potro, las anillas, el paso gimnástico, los movimientos musculares parciales, raros y antipáticos..., de cada número seis,

ocho, diez, veinte ejercicios, detrás de fulano, delante de zutano, ¡ay, Dios mío, qué pesado parece esto, y cómo el cuerpo, poco encariñado con ello, se siente flojo, decaído, desganado, y á menudo necesita la voz del profesor para sacudir la pereza!; en cambio, observad cuán regocijada emulación presentan las criaturas para jugar, con qué insaciable anhelo se entregan á su diversión, llenando el espacio de sus gritos, saltando, corriendo, doblándose y enderezándose, y poniendo así en abundante ejercicio todos los músculos de su cuerpo; el corazón palpita con grata actividad, y la sangre circula por el cerebro lleno de pensamientos felices, tiñe con el color de la amapola las redondas caritas, enciende con fuego sus pupilas, transpira la piel, hace más honda la acción de los pulmones..., y cuando así han permanecido dos ó tres horas, todavía se resisten á dejar el campo de sus placeres.

No quisiera que estas consideraciones se estimasen como una censura á la Gimnasia, ni se las diera alcance superior al que deben tener; mi deseo es que las verdades no se desnaturalicen ni sean sacadas de su debido terreno; la Gimnasia tiene su campo hermoso, bienhechor, fecundo en resultados, pero no debe sustituir al juego: donde se instale un Colegio debe haber un director de Gimnasia y un gimnasio, sí, pero debe haber, con más razón todavía, un parque donde puedan jugar los niños. Los ingleses, que son los verdaderos griegos de la época moderna, siquiera haya quien pueda creerlo inexacto por desconocer lo que es el pueblo inglés, lo han entendido así, y han procurado dar gran desarrollo á los juegos de ejercicio al aire libre, discurriendo muchos como el *Lawn-Tennis*, el *cricket*, el *foot-ball*..., que responden á esta necesidad. Pues bien; yo os digo que el corro, por sus bondades, merecería premio en un concurso de juegos higiénicos, y que es incomparablemente superior á mu-

chos de los ingleses, algunos de los cuales, como sucede con los dos últimos citados, han sido calificados de bárbaros y hasta de peligrosos.

\*  
\* \*

Y aquí, señores, concluye mi tesis; y para que termine el discurso sólo falta un párrafo final, y ciertamente que, tratándose de cerrar un asunto como el que hemos desarrollado, desearía yo sirviese, por su naturaleza, para dejaros una impresión dulce. ¡Qué menos merecen las niñas, objeto de nuestras cavilaciones esta vez! Veré si puedo conseguirlo presentándoos el corro y refiriendo mis emociones de una tarde.

Poco antes de ponerse el Sol, en un día de primavera, salía del Congreso de Diputados, con el espíritu entristecido por desagradables preocupaciones y contratiempos: la lucha profesional contra el dolor, arreciada entonces por la pesadilla de enfermos graves y de singular empeño; el interés político, fustigado por tenaz enemiga y por contrariedades; el sentimiento de la amistad, herido por inexperadas desatenciones; fastidios y tristezas indefinibles del carácter mío, ya espontáneamente propenso á la meditación tenaz y melancólica, todo arremolinaba sobre el ánimo cerrazón de sinsabores, que me hacía pensar cuán amarga es la vida y cuán llena de sufrimientos la empresa de conquistar posiciones sociales; y así, desganado de tratos y de conversaciones, me dirigí solo al Salón del Prado, en donde con tanta frecuencia se juntan los prohombres que se aburren y los niños que se divierten.

Poco tiempo hacía que por allí paseaba, cuando me detuve frente á un corro animado de niñas, atraído por la magia de sus dulces canciones. Era ya avanzada la tarde, y

el pintoresco paseo lucía su lindo panorama con el encanto que suele tener á tales horas. Allá arriba se perdía la ancha vía de Recoletos tras una decoración de arboledas, estatuas, tejados y torrecillas, irguiéndose sobre todo, y entre pinos, la elevada chimenea del Ministerio de la Guerra; del lado opuesto se divisaba la no menos anchurosa avenida que va al encuentro de una estación del ferrocarril, la cual aparecía lejos, tras los jardines y fuentes monumentales del Prado; enfrente se alzaban las frondas del Buen Retiro, la blanca construcción de la Bolsa, con su elegante pórtico corintio, el Obelisco del 2 de Mayo y una red de alambres y postes del teléfono que cruzaban el azul del Cielo; y detrás, en fin, palacios de particulares y la inmensa mole arquitectónica del Banco de España; algunos carruajes que caminaban al paso por las calzadas, filas de casetas de agua y de farolas, ocupando los centros del salón, una neblina polvorienta de tarde muy tranquila y sin viento, un Cielo enrojecido con los matices crepusculares y un ambiente saturado con las emanaciones de las acacias en flor y con la fuerte evaporación de los plátanos, olmos y castaños de Indias, pletóricos con la vigorosa savia de la primavera, completaban el cuadro.

Era el corro excepcionalmente grande, de cuarenta ó más niñas, rodeadas de sus familias y de personas ambulantes que se habían parado á contemplar cómo gozaban tan interesantes criaturas; también yo me acerqué y clavé mi atención con fuerza en el juego, para ver si paraba el movimiento de aquel torniquete molesto y odiable que me torturaba el pensamiento con vueltas y más vueltas.

El corro giraba, y sus canciones se oían á distancia: era una ola risueña y seductora de vestidos hechos con telas vaporosas y colores alegres: azul, crema, rosa, lila, encarnado y blanco...; de cabelleras blondas, negras y castañas, sueltas sobre la espalda ó medio trenzadas, y de guedejas

ensortijadas y sujetas con vistosos lazos de seda; de sombreritos de paja y ricas telas, guarnecidos de cintas y plumas, gasas y flores, eubriendo cabecitas preciosas y felices, y de cuerpecitos esbeltos y delicados que formaban cadena, cogidos de la mano...; una ola, en fin, de motivos ricos en color y preciosidades, de la cual se desprendía suavísimo ambiente que denunciaba la infantil coquetería y la esmerada pulcritud de madres tiernas y amorosas.

El movimiento circular del corro ponía sucesivamente ante los ojos tipos muy variados: aquella niña que enfrente de mí pasaba á la sazón era escasa de carnes, correcta de líneas, de ojos dulces y azulados, de cabellera rubia, de piel como el marfil suavemente teñido de rosa, parecía una Ofe-  
lia en miniatura; la de más allá era morena, y por su piel seductoramente tostada, su cabello de la negrura del cuervo, sus ojos brillantes, su mirar atrevido, sus movimientos rápidos y enérgicos parecía llamada á ser una Lucrecia; aquella del otro lado mostraba una carita pálida y seca, una calavera viviente con ojazos expresivos denunciando un raquitismo mortal, ¡pobre flor condenada á perecer en capullo!; la de su lado tenía las mejillas redondas y carminosas, los ojos rasgados y paraditos, los movimientos pesados, una verdadera cabeza de bebé de porcelana, hermoso y grande...; y de esta suerte, fijaba mi atención en todas, y por sus rasgos procuraba adivinar los sentimientos y el destino que les reservara la vida.

Cantaban con verdadera fe, y el coro resultaba entonado y agradable; sus frescas vocecitas formaban un conjunto armónico, como esas florecillas silvestres de variados colores forman en los campos una delicada alfombra. Los motivos musicales y las leyendas infantiles se sucedían unos á otros: ya me había enterado de la relación del paje que traía noticias luctuosas del infortunado Mambrú, el cual había muer-

to, y lo enterraron en caja de terciopelo forrada de cristal, llevando sobre el ataúd un pajarito que lloraba con sentidos píos tanta desdicha; del deseo vivísimo que todas expresaran de ser tan altas como la Luna para ver los soldados que operaban en la catalana tierra; de las infidelidades conyugales que cometiera aquel esposo mujeriego, que se iba en busca de amores vedados, con la capa terciada y la espada ceñida; de lo que les había sucedido á las hijas de Ceferino por pasear calle arriba y calle abajo..., y todo me parecía muy interesante, y en ocasiones hasta verdaderamente grave.

De cuando en cuando el corro se paraba: lo determinaba un caso de consulta sobre la canción, una criatura que rodaba por el suelo, á causa de que sus piernecitas, flojas y torpes, no le permitían seguir el general movimiento, el ingreso de una nueva corista..., etc.

Otras veces el corro giraba con mayor velocidad; y entonces aquel derrame de colores seducía la vista con su rápido cambio; las cabelleras sueltas y las cintas de raso ondeaban al aire como el lienzo de una bandera azotado por la brisa, y golpeaban con blandura las espaldas; las voces eran más fuertes; los rostros se encendían más, y una feliz agitación animaba y ponía jadeante el pecho de aquellos angelitos, en verdad castos y puros, que incitaban al deseo de llenar sus frescas bocas de caramelos, y sus rosadas mejillas de besos y pellizquitos.

Como no se puede tener mucho tiempo la vista clavada en un sitio sin que el cansancio de la retina provoque ilusiones ópticas, tampoco se puede tener el pensamiento fijo en una idea sin que la imaginación suscite bizarras fantasías. Llevaba mucho tiempo ya con esta muda contemplación, y las nubes, inflamadas de escarlata con los rayos de un sol poniente que envolvía en luz roja todo el panorama, tomaron

á mis ojos formas extrañas, y comenzaron á soltar girones, que se transformaban poco á poco en cuerpos humanos vaporosos, y descendían hasta la tierra, se agregaban al corro, cogían de las manos á las niñas y proseguían sus cantos y sus giros; eran también criaturas muy lindas, de cuerpos casi translúcidos, de vestiduras albas, de facciones radiantes y sonrisa melancólica, en las cuales se hubieran podido distinguir los rasgos fisonómicos de aquellas amiguitas que, en otros años, jugaron también al corro, y, como verdaderos ángeles, habían volado de la tierra arrebatadas por la difteria, el garrotillo, el sarampión, la escarlatina y demás terribles enfermedades que siegan en capullo las generaciones infantiles.

La lluvia de ángeles era abundante; el círculo crecía sin parar y llenaba ya el salón; barandillas, casetas, arboledas, edificios..., todo se ponía en movimiento y retrocedía para dejar al celestial corro un campo cada vez más grande, donde siempre giraba, vertiginoso, produciendo en la vista un deslumbramiento de colores y de gasas, y en los oídos un concierto de arrebatadoras armonías, como el que podría producir la grandiosa y seráfica orquesta del afamado sueño de Beethoven.

De pronto, y como sucede con esas coronas de fuegos de las pirotecnias, cuando por su misma velocidad excéntrica y giratoria se desprenden de la tierra, y desaparecen trazando círculos de chispas en el espacio, así el corro entero, inmenso, como si le formaran ya todas las niñas muertas y vivas de la Creación, impulsado con rápidos giros, se desprendió del suelo, remontó por los aires, y ví desaparecer, tras de las inflamadas nubes, aquel celestial concierto de ángeles y melodías, dejando el espacio embellecido con los reflejos de su hermosura y de sus gracias.

Cuando en estos días, y para escribir mi discurso, recorría

plazas y paseos, buscando un corro que me diera impresiones de la realidad palpitante, y sólo veía otros juegos menos hermosos, menos higiénicos y menos recomendables, sentía honda tristeza, porque recordando la dulce visión de una tarde de primavera, me parecía que el corro se había quedado por siempre en los Cielos, y no había de bajar más á la Tierra para servir de encanto á nuestros sentidos y para servir de beneficio á nuestras criaturas.

HE DICHO.



1076576

